

EL TEJIDO MULTICOLOR DE LA ESPERANZA

Cf. Circular de Adviento del Gob. General – 2024

... Todo se nos convierte en una llamada a vivir en esperanza, a ***ser testigos y profetas de esperanza*** en este mundo nuestro, a veces tan desanimado, tan irritado, tan entristecido.



Al inicio de este tiempo podríamos dedicarnos un tiempo a dejar que resuenen algunas preguntas y compartir:

- ¿qué es esperar?, ¿espero?,
- ¿esperamos juntas, juntos? como comunidad, fraternidad, como familia...
- ¿sentimos la llamada a esperar con otros, por otros, los desesperanzados, los desanimados?
- ¿acogemos el “gemido expectante de la Creación” (Ro 8,22)?
- ¿qué signos de esperanza percibimos y alentamos?

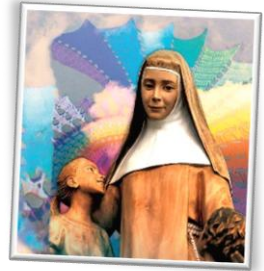
Como sabemos, **la esperanza** no tiene un solo contenido. **Tiene algo de tejido multicolor.** Cada hilo de esperanza, en cualquiera de sus formas, nos conecta con la vida, con la Vida: fidelidad, valentía, libertad, confianza, consuelo, paciencia, firmeza, promesa, primicia, resiliencia, sanación y salvación, vida eterna... Todas juntas nos hablan de la esperanza cristiana, tan extraña.

Dichosa esperanza (Tit 2,13) que nos hace fuertes en la debilidad. Por ella podemos proclamar sin miedo que ese otro mundo posible y prometido ya está en marcha desde el Dios humanado, crucificado, resucitado. Y *“la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por*

el Espíritu Santo que se nos ha dado.” (Ro 5,1-5). Discípulos y discípulas a lo largo de toda la historia han dado fe de esta esperanza.

Hoy, miramos a María Ana:

«La ESPERANZA fue el sostén para superar tantas dificultades desde los primeros tiempos de fundación. Apela constantemente a esta virtud en las cartas y enseñanzas. Sólo con esta esperanza ella pudo cumplir con eficacia su misión.



María Ana afirma que se debe vivir con un total abandono y confiada en la divina Providencia, lo que la mantuvo en el ideal primitivo con gran constancia, sin lamentos y sin ser renuente en los propios ideales de santidad y caridad.

Su confianza en la Providencia hacia que pida dar todo a los demás, aunque sus religiosas no tengan ya nada para sí. Por eso mismo el Señor bendijo sus iniciativas pastorales». (Relatio et vota, Voto V, p. 58)

De ella aprendemos:

- A esperar contra toda esperanza y confiar en el Dios que cumple lo que promete y cuida, siempre, aunque sus caminos no son los nuestros. Los testimonios reflejan que ella no vivía preocupada, se sabía en las manos de Dios Providente.
- A no dejarnos vencer por las dificultades. Ella, luchadora incansable, jamás desmayaba. No se lamentaba nunca, lo esperaba todo de la oración. No se entristecía en medio de las privaciones (Positio, p. 65).
- A vivir la paciencia que todo lo alcanza: “Si de la mano de Dios recibimos lo dulce, ¿por qué no hemos de recibir lo amargo?”

- A mirar, en medio de todo, más al fondo y más allá, “fijos los ojos en Jesús”: “Levántame a desear las cosas celestiales” y desear a Dios y los modos de Dios.
- A poner todo el ser –firme suavidad- en ayudar a otros a dar lo mejor de sí: en la vida comunitaria y en la misión, contagiando esperanza, animando lo desanimado, siendo “buena noticia” a su paso.
- A estar de camino, pobres, “como peregrinas y extranjeras” en este mundo, ligeras de equipaje, conscientes de que la esperanza, finalmente, remite a un encuentro prometido y anticipado, gozoso y sereno: “cuándo llegará el día en que te vea claramente para sumamente amarte”.

Su testimonio nos invita a acoger con alegría la **llamada a ser personas de esperanza**, de buenas noticias, que proclaman que estamos en el “año de gracia”, que enjugan las lágrimas y levantan a los postrados. Estamos –ya, aunque aún no del todo- en ese tiempo nuevo porque, desde la encarnación del Hijo, el mundo está habitado por el Santo. La radicalidad de esta afirmación creyente y sus consecuencias prácticas nos emplazan proféticamente. Decir que “esperamos el cielo nuevo y la tierra nueva” (2Pe 3,13) implica acogida del don de Dios, pero también obliga a desplazamientos concretos hacia lugares (personas, realidades) necesitados de esperanza, ánimo, horizonte, sentido, alegría... Desplazamientos, a veces físicos, pero también “cordiales” y, por supuesto, orantes. Nuestra oración abraza e intercede por las heridas de la humanidad y de la Casa Común: Valencia (España), la compleja situación post-electoral de Mozambique, Gaza y Líbano, Ucrania y Rusia, los migrantes..., los conflictos de intereses que suponen postergación, injusticia, descarte o muerte para los más pobres.

Acojamos, sí, esta llamada y estemos vigilantes ante cuanto la amenaza: la tentación de la tristeza y del desánimo, también bajo forma de cansancio paralizante, la decepción que se considera “realista” pero que es una rendición, los variados miedos que oscurecen la mirada, la creencia -falsa- de ya no poder nada, o que no hay futuro, o que no cabe novedad ni cambio. Las tentaciones de la esperanza, siempre, nos hacen más egocéntricos y autorreferenciales.

(...) Acojamos con alegría las invitaciones a salir de nuestros territorios aprendidos. No olvidemos que la esperanza nos estira, incomoda, tiene algo de rebelde e inconformista: rayo de luz en la noche, grieta en el muro, fundamento en el desmoronamiento... semilla de vida que surge -pequeña, tenaz, poderosa- en medio de todas las formas de muerte.

“En el mismo espíritu de Francisco de Asís y María Ana, esta experiencia vocacional y misionera nos urge a amar y servir a todo ser humano, como imagen y semejanza de Dios que es, promoviendo su dignidad, restaurando heridas, despertando esperanza, invitando a la comunión.” (Doc. XXII Capítulo General, Eje «Cuidando», pág. 19)

PARA LA PUESTA EN COMÚN – ORACIÓN

Desde lo reflexionado y compartido en la circular, cada hermana escribe en una cartulina una palabra clave sobre la esperanza.

Después se entrelazan o tejen las cintas de colores y encima se colocan las cartulinas escritas, formando un mural que simbolice la diversidad de la esperanza.